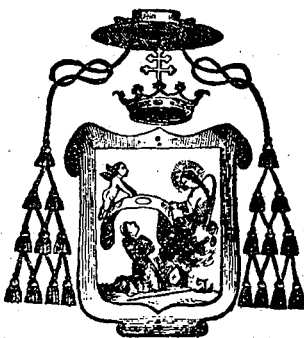


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

Este Boletín está dedicado á la circulación de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demas que convenga al interés del Clero.



SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

# BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

## ARZOBISPADO DE TOLEDO.

### CONFERENCIAS PREDICADAS.

POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA, EN LA  
CUARESMA DE 1858.

#### SESTA CONFERENCIA.

EL PROGRESO CRISTIANO POR EL AMOR DE JESUCRISTO.

#### I.

La tercera reaccion progresiva del cristianismo contra la concupiscencia, es la reaccion de la pobreza contra la codicia. La práctica de la pobreza cristiana, ó de la abdicacion voluntaria de lo creado por amor hacia el Creador, ha devuelto al hombre su verdadera grandeza, restituyéndole, ademas de muchas otras cualidades, estos tres caracteres que forman el complemento de la majestad de la fisonomía humana: la magnanimidad, la libertad, la intrepidez. La práctica de la pobreza fué un progreso, porque fué un engrandecimiento en el hombre.

Pero aun ha hecho mas la pobreza cristiana: ha asegurado al cuerpo social el principio de la estabilidad, primera condicion de todo progreso verdadero. La estabilidad social descausa, como sobre su principio necesario, sobre el derecho de propiedad, y la pobreza cristiana se levanta como la muralla mas firme que resguarda la propiedad. Considerada en si misma, es el desapego á la posesion; disminuye ó estingue en los corazones el deseo de poseer, y por lo mismo, suprime ó disminuye la causa que pone obstá-

culos al derecho de propiedad, es decir, el deseo desenfrenado de poseer. La guerra que se hace á los pobres de Jesucristo, se estiende en todas partes á los propietarios, y los libre-poseedores de este mundo, se encuentran, por una union al parecer contradictoria, en frente de unos mismos enemigos.

Lo que llevamos dicho sobre esto se refiere á todos los que practicando el espíritu de la pobreza evangélica, disminuyen en si mismos el deseo de poseer.

Resulta de lo que hemos dicho, que los humildes, los mortificados, los pobres de Jesucristo, es decir, los Santos, son los verdaderos jefes del progreso moral, porque por sus tres reacciones, por la de la humildad, la de la austeridad y la de la pobreza, hacen caer por el suelo los tres grandes obstáculos que se oponen á ese progreso: el orgullo, el sensualismo, la codicia. Hemos pasado del corazon del siglo al corazon del cristianismo, probando que este tiene el poder de curar las heridas que á la sociedad causa el otro. Este es el doble punto de vista y el doble punto de apoyo de mis oraciones, cuyo objeto único, apostólico, fraternal, es el de hacer que se aproximen los dos corazones, á fin de que absorbiéndose el uno en el otro, Jesucristo reine y se encuentre en todos. Algunos hombres poco atentos á mis discursos pudieron creer que nuestro apostolado no era bastante cristiano; lo era sin embargo: entonces os mostrábamos á Satanás diciéndoos: Rechazadle, en él está la decadencia.

Ahora os mostramos á Jesucristo y os decimos: Abrazadle. El es el progreso.

Despues de lo que precede, debe ser evidente para vosotros que el progreso que se necesita mas que los demás progresos, es el progreso moral; que el progreso moral es la santidad cristiana y que la santidad cristiana es una reaccion eficaz contra el orgullo, el sensualismo y la codicia.

Pero me parece que aun no estais satisfechos: Me decís: Estamos convencidos; el progreso se encuentra y no puede menos de encontrarse en la reaccion de la humildad, de la austeridad y de la pobreza, contra el orgullo, el sensualismo y la codicia, y estamos prontos á defender una enseñanza tan generosa, una doctrina tan progresiva: ¿pero cómo se practica la humildad, la austeridad y la pobreza? La santidad armada de estas tres cosas, es el remedio de todo: ¿pero qué es lo que dá á los Santos y puede darnos á nosotros el triple poder que derriba las tres cabezas de la hidra? Es evidente que los Santos han cambiado al mundo, ¿pero de dónde han recibido la fuerza para haber cambiado ellos mismos? Tiempo hace que esperaba la hora en que debia ~~deciros la palabra que todo lo resume, por la que todo se consigue. La hora ha negado, y mi~~ corazón se conmueve al pronunciarla: EL AMOR DE JESUCRISTO. Hé aquí la divina fuerza que ha cambiado el mundo, y á la que podemos llamar la gran fuerza motriz del progreso humano. Jesucristo, al hacerse amar de los hombres, ha sustituido su amor á la concupiscencia y ha engrandecido con él á la humanidad.

¡Oh Maestro! me habeis escogido para pronunciar vuestro divino nombre en un sitio muy elevado y de donde la voz llega muy lejos. Yo aspiro á hacer conocer á mis contemporáneos, con el secreto de vuestro amor, el secreto, hoy olvidado, del progreso. Ahora, mas que otras veces, debeis tener piedad de mi impotencia. Dad á mis palabras acentos profundos y permitid que estos acentos tengan ecos victoriosos. Escuchad á los que oran por el indigno apóstol: enviadme por su mediacion una llama que encienda en todos los corazones que escuchan el eco de mi voz, el convencimiento de esta verdad tan dulce como soberana: EL PROGRESO CRISTIANO ES EL CRECIMIENTO EN VUESTRO AMOR.

## II.

El amor de Jesucristo es el principio mas radical y mas eficaz del progreso por el cristia-

nismo, porque por su naturaleza es la reaccion mas directa y mas profunda contra la concupiscencia.

Hemos dicho que la concupiscencia es en la humanidad la grandeza retrógrada, porque, por su misma naturaleza, es el amor del corazón humano dirigido hacia un objeto falso y arrancado de su centro. La concupiscencia es el foco completo de todas las pasiones, es el amor separado de Dios, centro supremo del hombre, que al separarse de su centro pierde el orden, la armonia el progreso, y hace caminar á la vida á impulsos de las tres corrientes del orgullo, del sensualismo y de la codicia, hacia el desorden, la corrupcion y la decadencia.

De estos principios elementales, tomados del fondo de la naturaleza humana y del cristianismo, resulta, que para remover el obstáculo general del progreso y subir al fondo, si así puedo espresarme, la humanidad tenia que hacerse una cosa grande y difícil. Era preciso volver á llevar á su centro el amor del corazón humano. Todo el misterio del progreso se oculta en esta fórmula; volver á dirigir la vida hacia su objeto, volver á poner el amor en su centro. En efecto, cuanto mas se conocen los movimientos de la naturaleza humana, cuanto mas se sondea el misterio de sus grandezas y de sus caidas, de su prosperidad y de sus desastres, de su progreso y de sus decadencias, mas se confirma uno en esta opinion salvadora; á saber: que lo mismo las cuestiones que conciernen á la vida de los pueblos, que las que se refieren á la vida de los hombres, se reducen á esta cuestion que las comprende todas: PONER EL ORDEN EN EL AMOR. El amor es el *motor* de los hombres y de las sociedades; segun se mueve se mueventambien los hombres y los pueblos, y no hay en la vida humana, social ó individual, una perversion, un desastre, una herida, una ruina, que tenga otra causa que esta causa: un desorden en el amor. Pretender realizar el progreso en la humanidad sin poner el orden en el amor, es ignorar la idea elemental y la raiz profunda de todo progreso. Progresar racionalmente en la humanidad, fuera de este principio en que se encuentra el secreto de todo orden moral, es tan absurdo y tan imposible, como reformar el orden celeste fuera de la ley que preside á la armonia de los mundos.

Pero para volver á colocar el amor en el orden, atrayéndole al centro, y para hacerle subir por medio de esta restauracion á su verdadera altura, ¿qué tenia que hacer el hombre con su

corazon? La respuesta es muy sencilla: era preciso amar á Dios. Para que el hombre suba, es preciso que tienda hacia Dios; porque ya lo hemos dicho, su progreso es la gravitacion hacia Dios; y para que el hombre tienda libremente hacia Dios, para que se esfuerce en subir, es preciso que le ame. El hombre solo puede tender hacia lo que ama, y no puede gravitar hacia su centro si su centro no le atrae; así, pues, por la misma naturaleza de las cosas llegamos á esta conclusion, cuyo alcance no tiene límites; para que exista el progreso humano, es preciso que el hombre ame á Dios; si no le ama, huye de su centro, y la ley de su propia vida le condena á descender. La ley de su vida es amar, no amando ya en su centro, ama fuera de él; no amando lo que está encima, ama lo que está debajo, y su vida rueda entre el desórden para llegar á la degradacion. Os olvidais demasiado de lo necesario de la vida y de la base profunda de las cosas; el amor de Dios os parece como una cosa hueca, indiferente, que solo sirve para los ascetas y los misticos, prescindiendo de él con una tranquilidad que me espanta; y sin embargo nunca conseguireis matar esta doctrina invencible: para progresar es preciso ir al centro; para ir al centro, es preciso gravitar hacia él por el amor. Ahora bien, solo Dios es el centro; y para que se realice el progreso en el hombre es preciso que el hombre ame á Dios. ¿Es esto bastante claro, bastante radical, está suficientemente apoyado sobre el sentimiento popular? ¿Y tienen los filósofos contra esta doctrina algunas razones que se me oculten? No; no hay ninguna, no puede haber ninguna. Digámoslo otra vez; para que el hombre progrese, es preciso que el hombre ame á Dios.

Esto es trascendental, resultando desde luego que solo el cristianismo puede realizar el progreso, porque solo el cristianismo hace amar á Dios, por amor de Nuestro Señor Jesucristo.

En efecto; fuera del cristianismo, en el que se ama á Jesucristo, Dios no aparece verdaderamente amado de los hombres. Que haya un amor de Dios abstractamente posible, aun en el órden puramente natural, no es cosa que pretendo discutir, pero digo, abrazando las cosas en su conjunto mas vasto, que fuera del cristianismo Dios no aparece amado, y que por lo tanto solo queda en el corazon humano un amor que se desvia, un amor que desciende.

El paganismo ha ignorado el fenómeno del amor de Dios; era por el contrario el amor de lo

creado y de lo humano en su mas alta potencia. El paganismo era la misma concupiscencia; era el amor del yo llevado hasta la espulsion de Dios. En vez de elevar el amor del hombre hasta Dios, hizo exactamente lo contrario, hizo descender la Divinidad á todos los objetos de su amor; en vez de hacer de Dios el objeto mismo de su amor, puso sacrilegamente á Dios en todo lo que amaba. Bossuet ha dicho: Todo era Dios en el mundo, escepto el mismo Dios; nosotros podiamos añadir: Todo era amado en el paganismo, todo, escepto el amor mismo. De aquí nacia en el paganismo una imposibilidad absoluta para obtener el progreso moral. Este, aunque no se dirigia á Dios, seguia dos corrientes opuestas: ó bien intentaba elevarse á Dios y se perdia en lo vago de la abstraccion y sustituyéndose á la Divinidad se exaltaba en los vértigos de un orgullo sin freno, ó bien se precipitaba en un fango inmundo. Y lo mismo de un modo que de otro, uniéndose á la tierra para hacerse un festin de goces y placeres, y un pedestal de orgullo, se abandonaba á esas orgias de concupiscencia de las que la historia nos ha trasmitido el oprobio mortal.

Así, pues, cualquiera que fuera el camino que adoptara este amor desviado, todo eran caídas, y con frecuencia se vió que ese amor en unos mismos hombres, aun en los mas ilustres, ya se elevaba á las mas altas cimas del espiritualismo doctrinal, ya descendia á las últimas profundidades del materialismo práctico, rodando desde las alturas de la idea pura hasta la cloaca del mas brutal sensualismo.

Era, pues, necesario para que el progreso renaciese en el mundo, crear en el corazon humano este amor de Dios respectivamente nuevo, y que en el fondo era el amor primitivo, colocado en su corazon como el secreto de toda armonía. Para reformar las costumbres era necesario una trasformacion en los sentimientos del hombre. Todos los sentimientos del hombre se reasumen en uno solo: el amor. El amor es en el corazon humano el sentimiento universal, uno y múltiple, y para inaugurar en el mundo un nuevo progreso, era necesario cambiar totalmente el amor del corazon humano. Arquimedes decia: «Señaladme dónde se encuentra el punto de apoyo, y levantaré el cielo y la tierra.» El punto de apoyo estaba aquí, si, en el fondo del corazon humano era donde se necesitaba apoyar la palanca que debia levantar el mundo moral. Era preciso coger, por una fuerza divina, el amor del corazon humano, y por un prodigio inaudito que se reali-

zó en el calvario, llevarle nuevamente hácia Dios. El cristianismo fué el que dió este golpe victorioso en el corazon de la humanidad, poniendo el órden en el amor, y dando de este modo al progreso un impulso soberano. Este es por escelerencia, el gran hecho del cristianismo. El cristianismo es el corazon del hombre, unido al corazon de Dios por la mediacion del amor de Jesucristo; el Verbo hecho carne *se hizo amar de los hombres*, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios; y por lo tanto Jesucristo al hacerse amar, hacia amar á Dios, y volvía el corazon del hombre por el poder de este amor á su verdadero centro; **JESUCRISTO SE HIZO AMAR DE LOS HOMBRES**: este fué el segundo prodigio de su union con la humanidad. Por el misterio de su Encarnacion se realizó la union hipostática entre el Verbo divino y una naturaleza humana privilegiada; por el triunfo de su amor en los corazones se realizó otra union: la union mística entre Dios y la humanidad.

Apenas se habia Jesucristo remontado al cielo, apenas se habia empezado á realizar el milagro de su union mística con la humanidad, fué evidente que un amor nuevo habia tomado posesion del corazon humano. La palabra del Maestro *Permaneced en mi amor, cayó como una llama* en el corazon de sus discípulos. La voluntad del amor encarnado se cumplía: «Hé venido á traer el fuego á la tierra; ¿y cuál puede ser mi voluntad sino la de que ese fuego se encienda?» Se encendió, en efecto, y muy pronto; y de todas partes, hombres y mujeres de todas clases, edades y condiciones se encontraron en el milagro de un mismo amor, amando como nunca se habia amado en la tierra. ¿Quereis escuchar los acentos de ese amor que manifiesta su existencia por medio de palabras que son en si mismas un milagro? Escuchad: *Qui non amat Christum Dominum sit anathema. Caritas Christi urget nos: quis ergo nos separabit á charitate Christi?* «¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? «¿Será la tribulacion, la angustia, el hambre, «la desnudez, el peligro, la persecucion, la espada? No, ni la misma espada; el amor de Aquel «que nos ha amado, nos hace mas fuertes que «todo; no, ni la muerte, ni la vida, ni los principios, ni el presente, ni lo porvenir, ni la «fuerza del mundo, ni la altura del cielo, ni la «profundidad del abismo, ni ninguna otra criatura, quien quiera que sea, no podrá separarnos jamás de este amor que nos encadena á Dios «por Jesucristo Nuestro Señor.»

Algunos años despues un hombre encadena-

do por la tiranía era conducido á Roma entre soldados; iba á morir devorado por las fieras en ese Coliseo famoso, cuyas ruinas gigantescas se levantan todavía para atestiguarlo. Escuchad lo que dijo el mártir de Jesucristo: «¿Pueda yo gozar «del furor de las fieras que se preparan á devorarme! Las suplico que me atormenten y me «maten, que en vez de temer tocarme, como ha «sucedido con otros mártires, sean atraídas por «mi carne. Si no quieren llegarse á mí, las violentaré, haré de modo que me devoren. Perdonadme; hijos míos, si os digo tales palabras; «sé lo que ha de serme provechoso. Ahora empiezo á ser un discípulo de Cristo, sin desear «nada de lo que hay en la tierra, á fin de encontrarme con el mismo Cristo. Vengan, preparen «para mí el fuego, la cruz y las bestias, y la «magullacion de mis carnes y el fracturamiento «de todo mi cuerpo; empléense, en fin, contra «mi todos los tormentos de Satanás con tal de que «goce de Jesucristo.» Asi habla este amante apasionado de Jesucristo: y cuando se le condenó á ser pasto de las fieras, al oirlas rugir, impaciente por ser devorado exclamaba: «Soy un «grano de trigo de Jesucristo y quiero ser triturado por los dientes de las fieras á fin de llegar «á ser un pan puro é inmaculado.»

Acabais de oír las palabras de un apóstol desafiando á toda la creacion, las palabras de un mártir desafiando á todas las persecuciones; escuchad ahora á una Virgen á un niño, frente á frente de la tentacion: «Retirate, alimento de «la muerte; otro se ha adelantado. Cristo ha puesto en mi frente la señal de su amor, y yo no «puedo amar á ningun otro. Solo para él guardo «mi fé, toda mi abnegacion; me he unido á Aquel «á cuya majestad sirven los hombres, y cuya «hermosura admiran el sol y la luna. Me ha dado su anillo; me ha adornado con su corona. «Retirate, yo amo á Cristo; si, le amo porque «su amor me deja mi castidad y el casamiento «sagrado que me hace su esposa, me deja mi «virginidad.»

Tales son los acentos nuevos que el amor, que acaba de posesionarse del corazon, hace brotar: así han hablado, siendo de tan distintas condiciones, Pablo de Tarsia, Ignacio de Antioquia é Inés de Roma.

(Se continuará.)

---

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

---

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA, 34, Y NUNCIO VIEJO, 11.  
TOLEDO:—1859.